

Universidad Nacional de La Plata.  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

IV Jornadas Nacionales de Sociología

'La Argentina de la crisis. Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones'. Del 23 al  
25 de noviembre de 2005.

---

Mujeres que miran.

Relato de la experiencia de Sociología en el Barrio Malvinas.

---

Cueto Rúa, Santiago.

Manuele, Matías.

Soza Rossi, Paula.

Villar, Lidia.

## **Introducción**

Este informe presenta algunas reflexiones acerca de la experiencia de participación del Área de Sociología en el Proyecto de Extensión Universitaria “Abordaje interdisciplinario para la promoción de los derechos de la niñez y la adolescencia de familias en riesgo en el Barrio Malvinas”. La primera etapa de este proyecto comienza en 1999 en el Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Este año ya radicado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, continuó con la participación de estudiantes y graduados de la Carrera de Sociología. Por ello, aquellos que llegamos a esta instancia final, creemos fundamental compartir la experiencia y generar una reflexión sobre la misma al interior de nuestra disciplina, y particularmente con aquellos que han estado ligados al proyecto en estos seis años.

Este trabajo está dividido en dos partes: por un lado, se abordan algunas reflexiones sobre el trabajo y la extensión misma, buscando generar un diálogo al interior del grupo. Por otro lado, las reflexiones que relatan la historia y el devenir de nuestras actividades, con el objetivo de compartir una experiencia práctica de extensión, rica, atrapante, imperfecta y dificultosa.

A su vez, hemos elegido la forma de la apostilla: fragmentos de texto que respetan la polifonía a la que el grupo apuesta. Además, siendo esta una instancia de reflexión, la apostilla invita a la pregunta y a la diversidad.

### **I. La Extensión no es una Prótesis**

**a) *Preparando la tierra:*** La extensión es una práctica académica, junto con la docencia y la investigación. Una de las formas en las que la Universidad se comunica con su territorio. Mas, numerosas veces, la extensión es pensada como la “hija malquerida” de aquellas: es la “aplicación” y “práctica” de la investigación y otra forma de la docencia, ahora iluminando

algo más oscuro que los “alumini”. Este imaginario, que no reconoce lo específico en ella, se la representa como ortopedia universitaria. Una práctica que hereda de la docencia la prepotencia del universitario que “le devuelve” a la comunidad lo que ella le dio con sus impuestos (que también financian la extensión); y que a su vez, recibe de la investigación ese aura del “salir del claustro” que las legitima como “transferencia”.

La extensión pensada como lo “práctico” de la teoría es un síntoma de arrogancia. No se trata aquí de desdeñar el conocimiento teórico y mucho menos enarbolar una inconducente exigencia de pragmatismo. Pero sí nos preguntamos ¿qué lazos construimos entre los conocimientos científicos y sociales?; ¿Cómo nos nutrimos y los nutrimos?. Entonces, la extensión no es una prótesis (Manuele: 2004 b), no es producto malforme de las otras prácticas académicas. Debemos establecer qué particularidades la definen. Y en este sentido, esta primera reflexión postula la premisa de pensarla como un trabajo académico *en el Campo*.

b) “¿Cómo no se unen si son todos pobres”: “Si a la idea de fragmentación se le opone la idea de unión, al menos hay que plantear dos perspectivas opuestas: una que podríamos designar como ‘ingenua’, que apela a la homogeneidad como imperativo cuasi moral y superador, sin analizar los determinantes estructurales de la fragmentación, y otra que apela a la construcción de una estrategia política común, partiendo del reconocimiento de la compleja situación que supone una realidad de vulnerabilidad, marginalidad o ‘exclusión social’(...) . Puede resultar obvio, pero es la sociedad en su conjunto la que puede describirse como fragmentada y polarizada, no se trata de una cualidad adjudicable únicamente a los vecinos de un barrio pobre y esto es lo que más rápidamente se pierde de vista en un recorte ingenuo. Es también aquí donde la mirada sociológica reivindica la idea de no perder de vista los procesos estructurales.( Pagnamento, Soza Rossi, Villar: 2005)

c) *Herramientas sociológicas*

Hay un abismo que va de la interdisciplina a la transdisciplina. Es un abismo actitudinal, no solo epistemológico. La idea de interdisciplina implica la de un conjunto de ciencias que comparten un objeto de estudio y un trabajo común. La interdisciplina enriquece y complejiza el objeto porque presenta sus diversos ángulos, contiene todas las miradas.

Sin embargo, en la interdisciplina, las ciencias particulares no pierden su especificidad: cada una aporta desde su particular cosmovisión. Lo complejo es el objeto de estudio, pero la mirada de cada disciplina, permanece impertérrita, lineal.

Por el contrario, en la transdisciplina, no se trata de ver el objeto desde muchos puntos de vista, sino de salirse de la especificidad en una mirada compleja que incorpore los diversos saberes. No hay un saber principal, ni muchos saberes complementarios, sino un nuevo saber que se construye desde que todos se abren a todos. El objeto de estudio no es un collage de miradas, sino una nueva entidad que obliga a todos los saberes a salirse de su particular campo.

Y en este saber transdisciplinario, que transita las disciplinas, se incluye también el conocimiento popular, lo que el objeto de estudio “dice” acerca de sí mismo es también un saber dialógico:

“el saber académico no sirve absolutamente de nada si no sabe dialogar y articularse con el saber popular. No hay quienes saben y quienes no saben. Hay saberes diferentes, hay saberes distintos que tienen que articularse. Y realmente la riqueza de la conformación del sujeto colectivo es encarnada en la articulación donde todos aprenden de todos. (Dri:2003 )

Ahora bien, en esta dirección, nos sentimos desde la sociología, fuertemente desprovistos de herramientas para “dialogar con el saber popular”. Esta ausencia de metodologías, o de una formación metodológica (ya que no vamos a adjudicar a la ciencia lo que es una construcción histórica y social

vinculada a los egresados de la UNLP), “para” intervenir y no meramente para recolectar datos. Esto fue un factor condicionante clave a la hora de la inserción de sociología en el Proyecto de Extensión.

Por un lado, porque esa imagen disciplinaria se proyectó sobre nosotros, como encuestadores, Y no se esperaba de nosotros otra cosa. Y nosotros mismos por momentos nos veíamos envueltos en esta configuración de sentido y no podíamos salir de allí, ni encontrar un lugar específico desde el cuál dialogar con otras ciencias.

Pero a su vez, esta ausencia de herramienta específica “fue” una herramienta en sí misma. Esta carencia permitió llegar en “silencio” al barrio, especialmente al asentamiento. Un silencio que esperaba la palabra del otro, un silencio que fue una “escucha” diferente. No ingenua, porque nuestro aparato crítico seguía allí. Pero si aventurada, porque como no partíamos de la instancia crítica, “hacíamos crítica al andar”, cuestionándonos a nosotros mismos, repensándonos continuamente.

### **Nuestro enfoque de la Extensión como trabajo de campo**

1. *Contra el arado, o de la prepotencia de la teoría:* en primer lugar, el trabajo de campo implica, a la sazón de Becker, una “manera teóricamente informada de trabajar sobre el terreno” (Becker, 1998). No es el viejo Lecho de Procasto, donde el mítico saltador de caminos gustaba de ofrecer alojamiento a los viajeros, si eran menudos, en un lecho gigante, si eran altos, en un lecho exiguo, estirándolos en un potro o rebanándoles los miembros para que quepan en sus camas. No se trata de tender lo real de pies y manos, estirarlo, deformarlo y moldearlo a gusto de la teoría-cama. Porque no buscamos una “respuesta última”, ni pensamos que nuestro “objeto de estudio” nos la deba, como si hubiera contraído una deuda.

La extensión será Trabajo “de Campo” en tanto implique “salir al terreno”. Pero sobretodo si, como la mano del campesino que coopera con el cultivo para llevarlo más allá de sus posibilidades “naturales”, es la mano del “extensionista” la que construye nuevos sentidos. Dialogando “con” la

comunidad y “con” su propia formación disciplinaria, componiendo interrogantes a partir de una reflexión crítica, coherente, consistente.

Ahora bien, postular el Trabajo de Campo tampoco es un llamado al pragmatismo. Como decíamos, supone enfatizar la instancia teórica, el “por qué”, pero no como dogma sino como producto del hacer.

2. *Contra el monocultivo, o de la diversidad agrícola:* En segundo lugar, el trabajo de Campo pone la práctica de la extensión ante el desafío de construir sus propias herramientas, más que “aplicar recetas premoldeadas”. En tanto la actitud de “escucha” abre las puertas a un saber socialmente construido, la comunidad es un “actor” que habla. Un hablar que al dialogar con los saberes académicos es partícipe de ellos, se nutren mutuamente y son llevados a través de la reflexión crítica un escalón más allá del sentido común social y científico. A su vez, esta “reflexividad” (Guber 2004:85), entre el extensionista y su “objeto”, constituye como decíamos un conocimiento “transdisciplinario” (Tenti Fanfani 1998:47). Esto es, el encuentro entre la ciencia y la comunidad pensado como el aporte del azúcar en la fruta, que más que imponerse una a la otra se funden en una nueva entidad: la mermelada.

3. *Contra el turismo agropecuario, o de paseos barriales:* en estas últimas apreciaciones acerca de la situación de “escucha” en el particular vínculo que se crea entre la Universidad y la Comunidad, aparece como central eludir de la idea del “turismo social”: no se trata de ir al “campo” a observar como viven los “otros” (víctimizándolo o estigmatizando). El trabajo de Campo supone un fuerte compromiso con la realidad, que se pone en juego desde que la organización será sujeto activo partícipe del conocimiento. Claro, la tensión entre ese

compromiso y la distancia científica estará siempre presente, pero justamente se trata de ser concientes de esas tensiones, y no ignorarlas en el mito del “saber neutral”.

4. *A desalamburar! Cómo y con quién se dialoga:* Uno de los choques más fuertes que vivimos como sociólogos y sociólogas este año fue modificar el tipo de intervención. Hasta el proyecto 2003, la función del área de sociología en el proyecto estaba ligada al relevamiento del barrio, el reconocimiento de la trama asociativa sobre la que se trabajaba y a la generación de vínculos particulares (esto sobretodo posibilitado “a partir” del encuentro con los actores barriales en las entrevistas). Pues bien, a partir de la dinámica del año 2005, referente al trabajo por talleres y no por áreas, nos encontramos, por un lado, haciendo lo que siempre sostuvimos en cuanto a una “sociología con los pies en el barrio”; pero al mismo tiempo, totalmente “desnudos” en cuanto a las herramientas de trabajo.

En este sentido, y retomando la idea de trabajar a partir de la escucha, nos encontramos con una dinámica muy diferente: acostumbrados a escuchar a la realidad (investigar) para dialogar con la disciplina (congresos, jornadas, etc), nos vimos en la difícil tarea de dialogar con la realidad (el barrio reclama nuestra palabra) y de escuchar a los colegas. Ambas tareas abrieron la posibilidad de pensar una actuación sociológica no tradicional.

#### **Antecedentes del proyecto de extensión: “La realidad nos entró por la ventana”**

La primer etapa del proyecto de extensión universitaria, fue más un punto de llegada que un punto de partida. La gestación llevó varios meses y fue un producto colectivo. El grupo gestante estuvo constituido por compañeros/as de la carrera de Sociología, que nos encontramos a partir de un interés común. Sentíamos que la formación disciplinar en la carrera, a diferencia de la de Trabajo Social, no propiciaba la realización de trabajos de carácter empírico (por lo menos hasta fines de

1998. Luego fue común en los talleres de investigación). Sentíamos que nos faltaba contacto con la realidad social circundante. No desconocíamos que, nuestro *ser estudiantes*, era estar en la realidad pero, nos inquietaba no poder construirla con otros actores sociales, a quienes mirábamos solo a través de los libros. Ahora bien verlos, ¿no requería además una presencia mutua de carne y hueso?. Hasta aquí se podría considerar que compartíamos sólo una inquietud personal en relación a la formación profesional. Esta se transformó en problema, cuando urgió brindar alguna respuesta a la situación social que nos acercó uno de nuestros compañeros. A través de su relato nos fuimos dando cuenta de que no podíamos mirar más la realidad a través de la ventana. Como en “Los soñadores”, última película de Bertolucci, la piedra rompe el vidrio de la ventana y un grupo de jóvenes se suma a las manifestaciones callejeras del mayo francés. Distancias mediante la piedra fue arrojada por una de las habitantes del Barrio Malvinas, quien al contestar una encuesta sobre desocupación, explicitó sus condiciones de vida y solicitó a nuestro compañero, colaboración en las actividades sociales que realizaba en su barrio. El Barrio Malvinas, en ese entonces tan desconocido para nosotros/as. En la búsqueda de canales de intervención adquirimos el conocimiento de que la Universidad realizaba concursos para proyectos de extensión universitaria. De allí en más se sucedieron distintas tareas que tenían que ver con cubrir los requerimientos para la presentación a concurso (convocatoria a profesores por la temática, a integrantes alumnos/as de otras disciplinas, oficializar la contraparte con la institución barrial, etc). A mediados de 1999, sorpresa de por medio, el proyecto con presupuesto adjudicado garantizaba para nosotros/as viáticos y cierta cantidad de materiales didácticos. Con algunas disciplinas nos *encontramos*, desde el período de formación del proyecto y con otras cuando la afinidad de perspectiva nos fue juntando en el *hacer* en el Barrio. Al finalizar la primer etapa del proyecto sociología había sumado a la integrante de antropología y al estudiante de diseño gráfico.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El conjunto de unidades académicas y las disciplinas eran: Por FACHE: Sociología, Educación Física, Psicología, Ciencias de la Educación; Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales: Derecho; Museo: Antropología; Bellas Artes: Diseño Gráfico, y Medicina.

Cuando pensamos en armar el proyecto, acordamos que el marco teórico para trabajar en el barrio, era la perspectiva de Castel sobre vulnerabilidad social. Ya pensando en objetivos de trabajo, nos limitamos a lo que creíamos estar en condiciones de abordar. De los dos aspectos, que señala el autor, para revertir el proceso de la vulnerabilidad a la exclusión social: soportes relacionales y relaciones laborales solo podíamos colaborar en el primero.

Acordamos que la estrategia era “realizar un diagnóstico del barrio intentando reconstruir su historia, al tiempo que caracterizar a los principales actores barriales e identificar los problemas sociales más relevantes” (Alberti, et. al. 2000:2).

Vale la pena compartir una reflexión sobre lo que ahora, en retrospectiva, pensamos que estaba en germen. Todavía no podíamos trascender los dictados del hacer metodológico tradicional. Pero quizás aunque no del todo conscientes, en el diálogo con los actores entrevistados buscábamos crear dos situaciones. Por un lado, acercarnos a la historia del barrio y sus vecinos, “saber dónde estábamos parados” y por el otro intentar fortalecer el anclaje de los propios referentes en su barrio. Sin alejarnos del “manual de todo buen investigador”, que habitualmente hace un diagnóstico exploratorio;<sup>2</sup> intentamos focalizar en aquellas prácticas en donde los/as vecinos/as relataran acciones donde habían podido sortear divisiones, propiciadas por líneas políticas externas.

El barrio cada vez más era parte de nosotros/as. Eso se evidenció, cuando al finalizar el período del primer proyecto fue preocupación del grupo de Sociología, buscar nuevos u otros canales de financiamiento. Los intentos no fructificaron y durante el tiempo de espera para la implementación de la segunda etapa perdimos a la mitad de los compañeros/as del grupo.

Acercándonos a la implementación de la segunda etapa, esta vez en forma más explícita, repensamos nuestra modalidad de acción. Nuestro interés iba más allá de reflexionar sólo con los referentes clave. También queríamos hacerlo con los vecinos/as del Barrio que participaban en las

---

<sup>2</sup> Las estrategias metodológicas utilizadas en esta primer etapa del proyecto fueron en forma complementaria, por un lado entrevistas en profundidad y por el otro observación participativa y no participativa en las actividades barriales.

distintas organizaciones barriales. Sin embargo con la efectiva implementación de la segunda etapa (mediados del año 2002), el barrio ya no era el mismo. La crisis del 2001, la polarización social, la pauperización del nivel de vida, no pasaron en vano; un asentamiento precario irrumpe en el escenario barrial. Dados estas transformaciones era imperioso actualizar el mapa de las principales instituciones y actores barriales. “Al identificar nuevos actores sociales se procuró describir las actividades que estos desarrollaban, recuperar sus perspectivas sobre la participación de los vecinos en sus propuestas, sus relaciones con otros grupos, y la identificación de los principales problemas del barrio.(...) El barrio Malvinas como se nombra habitualmente, está ubicado en la zona sudoeste de la ciudad de La Plata, extendiéndose aproximadamente entre las calles 34 a 36 y 149 ya 155. El barrio comenzó a desarrollarse aproximadamente hacia el año 1992 y sus habitantes provenían mayoritariamente del interior de nuestro país, aunque también se nutrió de un número importante de personas proveniente de los países limítrofes. En la actualidad viven más de 600 familias, la gran mayoría nacida en nuestro país. Entre las calles 36, 36 bis y 37, entre 151 y 152 se ubica un asentamiento reciente (de principio de 2003) cuyas condiciones de precariedad, en lo referido a vivienda y servicios, -como es de esperar-, son más extremas que las correspondientes al centro geográfico histórico del barrio.” (Paganamento, L; Soza Rossi, P.; Villar, L. 2005: 23, 25-26)

## **II. Breve relato de la experiencia 2004 – 2005: “abrimos la puerta ¿y?...”**

A fines de 2004, ya en la tercer etapa del proyecto, no habiendo transcurrido un lapso tan grande de tiempo como entre la primera y segunda etapa, sentimos que era el momento de poner en ejecución la técnica taller preparada a fines del año 2003. Nuestra intención era trabajar con esas nuevas organizaciones barriales que encontramos, cuando actualizamos el mapa institucional en la segunda etapa del proyecto.

Al tiempo que nos exigían mostrar capacidades prácticas de intervención, los directivos del proyecto cambian la forma de trabajo (ya no se intervendría por Áreas disciplinares sino a través de Talleres Interdisciplinarios). Decidimos, no del todo libremente, compartir nuestra propuesta taller. Nuestra reticencia a aplicar nuestra propuesta Taller tenía que ver con haberlo diseñado para determinadas organizaciones y desde una lógica que no priorizaba la cantidad sino más bien la calidad. Preferíamos hacer menos talleres pero establecer un lazo de confianza para *encontrarnos*. Dada la experiencia en las otras etapas no teníamos seguridad de que esto fuera respetado. No se podía olvidar que había transcurrido un año y medio entre la segunda y tercer etapa del proyecto; que varios integrantes de las distintas disciplinas habían cambiado, que teníamos que reconstituir el lazo con los vecinos, con los referentes, con las organizaciones, y también entre las disciplinas.

En este sentido, hubo una reapropiación colectiva de la propuesta de sociología rediseñada en un taller abierto donde charlar la problemática del Barrio. Este Taller podía realizarse en cualquier organización. Lo cual en si, hoy puede ser evaluado como un error: en realidad el taller se pensaba como el final de un camino, que suponía antes instancias de acercamiento entre el grupo de extensión y las organizaciones, un acercamiento donde ya se iban detectando los problemas, donde se avanzaba sobre los vínculos, etc.. Esto es fundamental, porque así pensado el taller no tenía como objetivo el relevamiento sino que era él mismo la solución.

El vínculo no duró más que los tres talleres: la organización nos rechazó, relajo de enero de por medio. Este rechazo hay que buscarlo en la construcción de un vínculo común que nunca se logró. Claro, nosotros éramos para ellas “los de la Universidad, que ¿qué nos van a dar?”; y ellas eran para nosotros “las punteras que están viendo qué pueden sacar”. ¿A dónde puede llegar un trabajo planteado sobre estas prenociones? ¿En qué momento se intentó allanarlas, dialogar, explicitarlas (aunque esto terminara en el mismo rechazo)?

Pasamos entonces a una etapa de “desvarío”: no sabíamos muy bien para dónde arrancar, tuvimos dos reuniones con referentes de Promotoras en Salud, pero la consigna de “trabajar con alguien del barrio” no nos dejaba nada en claro. Teníamos algunas dudas, no estaba claro qué queríamos hacer. Finalmente optamos por aprovechar el contacto que Promotoras nos abría con el MTD Aníbal Verón. Teníamos que presentarnos en una Asamblea de la Organización y ofrecer nuestra voluntad de trabajar en conjunto. Nos presentamos y nos aceptaron.

El MTD Aníbal Verón del Malvinas es una organización de desocupados que en principio se presenta a quien se acerca a ella como otras tantas. Creíamos ver en ella un MTD como cualquier otro, con horizontalidad en las decisiones, democracia en las discusiones y una clara intención de no repetir la lógica clientelar. Allí se aboga por una militancia, por un compromiso y por una defensa de la identidad “desocupada”. Claro, la militancia, la organización, el compromiso de todos y la identidad de desocupados como motor para salir de la desidia, estaba, menos en el plano del ser de todos los miembros que en el del deber ser de algunos de ellos, y porqué no de nosotros (que nos acercamos a ellos por algún tipo empatía política).

Su demanda -o mejor su respuesta a nuestra demanda- era que ayudáramos a formar y hacer funcionar los proyectos productivos. Se trata de proyectos que el gobierno financia a cambio de que se conformen con la intención de que en algún momento se autoabastezcan. Es decir, se ofrece un puntapié inicial a algo que debe funcionar de manera autónoma.

1. ¿Qué hace la sociología que hay en nosotros con una demanda de ese tipo?; ¿Cuál es el saber técnico que poseemos que puede volcarse sobre la materia desocupada y activarla?; ¿Qué prácticas aprendimos en nuestros años universitarios que pudieran ser capaces de ser transmitidas a estos varones y mujeres a quienes decíamos ayudar, dar una mano, o apoyar?;

¿Qué tiene para dar la sociología a un barrio excluido que pide, aunque no quiera, alguien que solucione sus problemas?.

Nos propusimos, sin saber muy bien cómo, trabajar con cada uno de los “productivos” para ver si lográbamos darles una mano en la organización. ¿Es ese nuestro saber técnico?, ¿Darles una mano en la organización?. La primera respuesta puede ser “pues, ni eso”. ¿Qué hay detrás de un contrato como este?; ¿Cómo dialogan estas partes tan diferentes si quieren evitar ambas que el pacto sea de experto a ignorante?

2. Empezamos las reuniones con “los productivos” con la idea de que a un taller/reunión por semana teníamos casi una quincena por delante. Por más lento que fuera el proceso no había pesimista que pensara que al menos algo no se iba a lograr.

Una primera reunión, visualmente satisfactoria, contó con una decena de miembros de la organización que realizaron una actividad reflexionando sobre la idea de “trabajo”. El o

Así, utilizando unas revistas. Tenían que formar un collage con imágenes y palabras. Más allá de lo que surgió en esos afiches pudimos ver que lo que visualmente era un éxito incluía algunos mensajes que hablaban sobre la comunicación que estábamos construyendo: esto es, muchos de los que participaron no eran miembros de “los productivos” y varios también se sumaron a la actividad porque iban a la asamblea y el retraso del taller hizo que los horarios coincidieran. No eran tantos “los de productivos” que querían participar de nuestra propuesta.

Este “malentendido” se repitió cuando quisimos continuar con nuestros talleres con “los productivos”. Fuimos varios sábados sucesivos a trabajar con ellos y diferentes causas desembocaban en su ausencia. Campamentos, piquetes, desinterés y otras razones hicieron suspender sucesivas veces los talleres. Nuestra integrante más atenta a las cuestiones de género

advirtió que mientras nosotros esperábamos en vano a “los productivos”, quienes sí estaban siempre en el barrio cocinando, produciendo, y esperándonos eran las chicas de la cocina.

“Un segundo avance, quiebre más pronunciado para visualizar la exclusión de las mujeres, sólo fue posible cuando los destinatarios “ideales” faltaron a la cita. Esta situación, demostró la urgencia con que debíamos cambiar los anteojos a través de los cuáles, mirábamos al movimiento. Así fue necesario expresar que mientras nosotros/as esperábamos en vano a “los productivos”, buscando justificaciones a sus ausencias (movilizaciones, campamentos de formación), las que sí estaban presentes mirándonos, eran las mujeres del comedor. En ese momento comprendimos, que actuar para incluirlas requería simultáneamente, pugnar para que la visión de género fuera parte de nuestras reflexiones sociológicas. Siendo consciente de nuestra formación común respecto al concepto de clase social, argumente porque era necesario, cambiar nuestra modalidad de acción. La pregunta no se hizo esperar, ¿no estaremos fallando nosotros/as?, ¿no estaremos repitiendo errores tan caros, adoptando posiciones ortodoxas?. A lo que siguió ¿vamos a establecer la explotación capitalista dónde no la haya para *tener* obreros, verdaderos y únicos sujetos del cambio social? No era una apuesta sencilla pero como lucidamente reflexionó Nancy Fraser, los espacios contrahegemónicos se fortalecen al empujar la línea divisoria entre lo admitido y soslayado para el debate público”. (Soza Rossi, 2005: 3-4 )

Remarcamos: ellas estaban “esperándonos”, en lo “teórico” siempre estaban presentes, siempre fueron “productivas”, sin embargo en nuestra práctica reproducíamos la subalternidad, algunos de nosotros más conscientemente que otros.

“Como en toda actividad de investigación-acción tuvimos dudas en relación al sentido de nuestro trabajo. Luego de un lapso de dos sábados sin concurrir al barrio, algunos de los compañeros de área manifestaron estar desanimados. Pues, consideraban que las mujeres del comedor no estaban respondiendo *activamente* a nuestra convocatoria. ¿Acaso los varones de los

productivos sí lo habían hecho?. Era un error evaluar sus tímidas participaciones como rechazo a nuestra actividad. Nuevamente la teoría de género brindaba otros ángulos para mirar la *situación* de las mujeres. Desde la noción de *doble subalternidad*. Pudimos pensar en un doble origen a sus limitaciones. Por un lado eran pobres y pertenecían a la comunidad toba. Con las implicancias que acarrea ser indígenas y ocupar, “ el peldaño más bajo en la escala de las jerarquizaciones que están naturalizadas en nuestra sociedad”. (Sánchez, 2004:7). Por el otro, además, al ser mujeres y parte de un grupo político que sostenía prejuicios sexistas; habían sido excluidas como interlocutoras válidas en la toma de decisiones”. (Soza Rossi, 2005: 4-5)

Tuvimos que aceptar que las citas no iban nunca a realizarse, que “bueno nos vemos el próximo sábado” dicho por nosotros y aceptado por ellos no es suficiente para que nos veamos al sábado siguiente. Nuestra lógica de medios y fines no es la de ellos. Nuestra semana no es la de ellos. Esto puede ser discriminar o todo lo contrario. Porque no se trata, de capaces e incapaces, tampoco de jerarquías que tienen que pesar en una relación: no es bajar la barra para que salten, es ver adónde quieren saltar.

3. Bajtin dice que “el otro es irreductiblemente otro”. Saber esto no debe servir para exagerar las diferencias sino para conocer cuál es límite de sus experiencias y cuál el de la nuestra para comunicarnos mejor. La distancia no es ventaja, pero la extrema proximidad tampoco. En palabras de palabras de Bajtin: “La posición vital del que sufre, si se sufre desde dentro, me puede inducir a una acción ética: ayuda, consuelo, reflexión cognitiva, pero, en todo caso, la vivencia debe regresar hacia uno mismo, a su lugar que está fuera del que sufre, y tan sólo desde su propio lugar el material vivencial puede ser concientizado ética, cognitiva o estéticamente; si tal regreso no tuviese lugar, sucedería un fenómeno patológico de la

vivencia del sufrimiento ajeno como propio, una contaminación por el sufrimiento ajeno y nada más” (Bajtín: 1982; p. 31)

Y entonces fuimos, hablamos, observamos, proyectamos y nos contaron qué pensaban de sus tareas, de sus fallas, de sus necesidades. Y seguimos yendo, nunca tuvimos en claro a qué, ni porqué, ni si estábamos caminando hacia delante o dando la vuelta del perro antes de acostarse.

Mientras tanto nos íbamos conociendo, charlábamos, nos escuchábamos. Cómo no nombrar a Coli, que se ríe a cada rato y te carga, y se carga y acerca diferencias al mismo tiempo.

Empezamos a ver que trabajan mucho en la cocina, siempre y bien. También vimos un día que el comedor frenaba su caída lenta pero libre y daba un paso adelante.

Un día fuimos con la intención de confirmar nuestro trabajo. Estábamos ansiosos y angustiados y queríamos saber si tenía sentido seguir yendo, si estábamos forzando la situación. Decidimos que había que ir a bancarse la tensión: tres meses es poco, la experiencia del enlace previo a la primera etapa del Proyecto en 1998, había requerido de un año para conseguir la contraparte. La estrategia planteada fue patearles la pelota, preguntarle a ellas si tenía sentido nuestra presencia; y abandonar las técnicas de taller para plantear un diálogo acerca de sus tareas cotidianas

En la cocina les transmitimos la pregunta “¿quieren seguir trabajando?”. Dudas, y la respuesta. “Nosotras escuchamos, pero opinar no”. Y en levantar la voz para decirlo, ya estaban hablando. Y al mismo tiempo nos invitan al colaborar: amasar, mezclar un tuco, etc.

Cuando nos íbamos Leo, tímido y nervioso se acercó para decirnos que eso que veíamos que mejoraba era en parte gracias a nosotros, nuestras charlas, y nuestro contacto. Ahí estaba entonces la técnica que teníamos para darles, lábil, etérea, escurridiza, impalpable, irrepitable, indescriptible. Una técnica que carece de los atributos de la técnica.

Seguimos y en otra de las reuniones en la cocina nos preguntaron qué sabíamos hacer nosotros en la cocina. Uno de nosotros mintió: “pastafrola”. Al instante quedó el compromiso, teníamos que

llevar una a la próxima reunión. Ellas nos pidieron algo a nosotros, que seguíamos siendo “otros”, pero no estábamos tan lejos como al principio, ya sabíamos que nuestras semanas eran distintas, que nuestras noches también, que nuestras panzas hablaban de alimentación distinta también, pero había algo que permitía que ellas pudieran valorarnos a nosotros, que estábamos frustrados o desconcertados, y a la vez exigimos que cumpliéramos un compromiso.

4. La semana siguiente pastaflora en mano, devolvimos la promesa e igualamos los tantos. Fuimos a decirles que así como ellos nos habían reconocido nuestro trabajo, que a nosotros nos venía pareciendo totalmente inocuo, nosotros íbamos a decirles que su trabajo de todos los días era de lo más productivo que tiene el asentamiento. Que si ellas no cocinan, cuántos pibes no comen, que si no sabés las proporciones la comida te sale imposible, que si no llegan a horario, la cosa se complica, qué si no calculan bien el tiempo, o comen quemado o comen crudo.

En el último taller, decidimos en la medida de nuestras posibilidades actuar como catalizadores del proceso de concienciación que venían haciendo las mujeres del comedor. No del todo conscientes compartíamos en palabras de Golier que, “pretender que haya continuidad puede acaso servir para construir una “Comunidad universal”, pero sin duda una comunidad así dificultaría aún más la constitución de nuevas identidades colectivas cuyas prácticas sociales se erijan en *polos de cuestionamiento autónomo* de las exclusiones intrínsecas de toda comunidad real.” (Golier,2004:171) Planificamos dos actividades elaboramos preguntas capciosas para incentivar el debate”. (Soza Rossi, 2005: 6).

La mirada de ellas, reflexiva, volviendo mentalmente sobre tus tareas y viéndolas ahora sí como tareas productivas, era la misma que la nuestra.

En forma de índice fuimos oralmente enunciando las múltiples tareas que ellas realizaban. Para finalizar consideramos adecuado plasmar el balance en un afiche. En el centro del mismo escribimos la palabra *cocineras*, sentíamos que la situación era propicia para transformar el sustantivo en sujeto capaz de acción. Algunas mujeres preguntaron porque no escribíamos, en cambio, “copa de leche”. A lo cual respondimos con una pregunta ¿ustedes no cocinan?. Minutos después, escribimos *supercocineras*. Su valor proviene de que fue producto de la tímida intervención de uno de los varones tobas. El que posteriormente justificó su decisión en que a partir de escuchar el sinnúmero de actividades que ellas hacían consideraba a las mujeres como *superproductivas*. Las mujeres aceptaron con mucho agrado la intervención de quien, no olvidemos, era parte de su comunidad”. (Soza Rossi, 2005: 6-7)

Ahora sí veíamos nosotros que lo que habíamos hecho ahí tantos sábados tenía un sentido. Es posible que volviendo a los inicios del proyecto sea una parte mínima de lo que queríamos lograr. Pero esos eran nuestros tiempos y los tiempos de uno se ejecutan sobre otro, y como nosotros no estábamos ahí para ejecutar sino para construir fuimos viendo esas diferencias.

El antropólogo vuelve de la comunidad ajena y cuenta a sus pares lo que vio, lo interpreta, lo reelabora y la discusión será entonces cómo lo demuestra, o cómo lo transmite, o qué cuestiones morales y políticas se ponen en juego. Pero el otro sigue en su otredad, el otro no escucha lo que el antropólogo dice de él, y el malentendido puede durar para siempre. Y asimismo, uno sigue en el uno.

Pero extensión supuso para nosotros otras cosas, toda nuestra sensibilidad puesta al servicio de interpretar qué nos estaban diciendo y al sábado siguiente la prueba de que lo dicho era algo distinto. El retorno al barrio fue durante semanas una prueba de que la comunicación supone dificultades que el lenguaje común cree resolver pero que no resuelve.

## **Bibliografía**

- Alberti, Lucrecia; Pagano, Carlos; Soza Rossi, Paula; Villar, Lidia. 2000. Reflexiones finales para la presentación de la ponencia “*Con los pies en el barrio y la sociología en la mochila. Consideraciones sobre una experiencia de trabajo profesional*”. 1er jornada de sociología de la Universidad Nacional de La Plata. Diciembre.
- Bajtín, Mijaíl. 1982. *Estética de la creación verbal*. Siglo veintiuno editores Argentina. Buenos Aires.
- Becker, Howard. 1998. *Tricks of the trade. How to think about your research while you're doing it*. Chicago: University Press.
- Castillo, Juan José. 2003. *En la Jungla de lo social*. Buenos Aires: Miño y Dávila Ed.
- Dri, Rubén. 2003. “Reflexiones y aportes al trabajo en grupos” en *La salud un mismo lenguaje para el encuentro*. UNR Editores.
- Golier, J Carlos. 2004 *Comunidades narrativas. El impacto de la praxis feminista sobre la teoría social*, Ediciones al Margen, colección universitaria. La Plata .
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Iglesias “Tato”. 2003. *De recorcholis, carambas y cáspitas*. Buenos Aires: Comunicarte Editorial.
- Le Mouél, Jacques. 1992. *Crítica de la eficacia*. Buenos Aires: Paidós.

- Manuele, Matías. 2004a. *El trabajo de campo y el campo profesional*, Ponencia en XI Encuentro de Cátedras de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas, Rosario, 10 y 11 de Junio de 2004. Buenos Aires: Ediciones Suárez.
- Manuele, Matías. 2004b. La extensión no es una prótesis, en *Artesanos Revista de la Comisión de Estudiantes de Sociología*, Año 1, nro. 1, Julio / Diciembre.
- Pagnamento, L, Soza Rossi. P y Villar L: “ Una aproximación sociológica sobre algunas relaciones sociales en el Barrio Malvinas” en *La Universidad en el Barrio. Promoción de los derechos de la niñez y adolescencia en el Barrio Malvinas de la ciudad de La Plata*. Manuela Gonzáles, Julia Silber. Ediciones al Margen, colección universitaria. La Plata 2005.
- Sánchez, Claudia,S. 2004. “Experiencias juveniles en la pobreza”, *Revista KAIRÓS*, Universidad Nacional de San Luis. Año 8- N° 14.
- Simmel George.1939. *La sociología*, Buenos Aires. Espasa Calpe.
- Soza Rossi, Paula. 2005. Las mujeres tobas nos miran. Los/as sociólogos/as ¿las vemos?: Relatos experienciales. En *Labrys revista de la Universidad de Brasilia*. Dossier feminismos en Argentina. Número 9.
- Tenti Fanfani, Emilio. 1998. *Universidad y Profesiones*. Buenos Aires: Miño y Dávila Ed.